

Lavaderos y lavanderas

Un mes de marzo, hace ciento tres años se dio a conocer al público bilbaino la presentación de un nuevo proyecto urbano. Se trataba de los primeros lavaderos públicos, iniciativa del joven arquitecto Ricardo Bastida

María Jesús Cava Mesa

ENTRE el frenesí que suscitaba la resolución de la ampliación del Ensanche, el diseño del Parque, o la polémica del debatido monumento a Doña Casilda, 1905 divulgaba otro ejemplo de la política imperante. Esta vez referido a cuestiones relativas a urbanismo e higiene pública.

El entonces joven arquitecto Bastida, se había dirigido al Ayuntamiento con uno de los varios proyectos que desde entonces van unidos a su apellido, y forman parte de la historia de esta Villa. Se trataba del primer proyecto de lavaderos públicos.

De los dos que diseñó y prosperaron, el primero –al que nos referimos– fue el de San Mamés. Cinco años más tarde (1910) se materializaría el segundo lavadero, el de la calle Castaños.

Lavaderos y salubridad

El proyecto, que duda cabe, derrochaba sentido social y modernidad. Como toda propuesta fue documentada por su autor con detalles que hoy nos son gratos en su descripción, pues confirman el progreso de quienes consideraron toda clase de avances para la sociedad de esta capital desde comienzos del siglo XX. En este caso, las protagonistas eran aquella pléyade de lavanderas que ejercían una tarea cotidiana verdaderamente ingrata.

Los lavaderos, recintos impenables para cualquier generación nacida en el seno del actual estado del bienestar, nos permiten imaginar aquel estilo de vida, bien diferente al nuestro. Los lavaderos fueron concebidos –ante todo– como garantía de salud pública para numerosos hogares, a lo que habría que añadir: como síntoma de progreso con etiqueta de “internacional”... En aquellos lavaderos se remojaba, jabonaba, aclaraba y seca todo tipo de prendas, pero en especial las que suponían, por su complejidad, mayor esfuerzo doméstico.

La falta de agua corriente, y la insalubridad de algunos lugares a donde las lavanderas acudían en Bilbao para desarrollar sus faenas, hizo pensar al ingenioso arquitecto que era preciso habilitar espacios destinados a estas tareas, y dotarles de adelantos técnicos. Bastida estudió y clasificó dos tipos de lavaderos, el europeo, y el tipo americano.

En el primero, el cliente era el protagonista, pues al llevar su ropa al lavadero, recibía de sus empleados una tarjeta de identidad, después que se numerara el paquete de ropa. A partir de ese instante empezaba la fase de remojado en cubetas de zinc, pasando luego la ropa a los aparatos modernísimos de lavar que pensaban ser instalados progresivamente.

El proyecto Bastida implicaba un diseño de espacios racionales, acordes con la finalidad del recinto. La planta baja, primer piso y

pequeño sótano de que dispuso el lavadero de San Mamés, tuvieron funciones precisas. En la primera planta estuvieron las dependencias del lavadero propiamente, con dos salas de distinta capacidad, una destinada a la colada, y la otra, a las “pilas para jabonar y aclarar la ropa”. Para facilitar el trabajo, Bastida diseñó en su proyecto la instalación de “dos centrifugas” (sic) y una máquina lavadora dispuesta junto al motor.

Los mínimos sanitarios quedaban cubiertos. Cosa que confirma la modestia presupuestaria de la instalación planeada. Es decir, habría retretes para las lavanderas, junto a la escalera que daba acceso al piso primero. Habría también un despacho para quien fuera el encargado del edificio y del servicio; y por supuesto, se dispondría de un gran secadero con dos patios de tres metros de anchura, que aseguraban la perfecta ventilación y secado de las coladas. Uno de los riesgos que el autor de la Memoria expuso, se refería a lo insano del secado de la ropa en el interior de los hogares. El lavadero de San Mamés aseguraba espacios para tal fin. Los múltiples huecos de ventilación que planeó el arquitecto y que adornaron con su ornamentación modernista su característica fachada, tenían por fin evitar que se formara una atmósfera viciada, molesta y perjudicial, como también recogió en detalle la prensa local, alabando la idea.

Bastida ideó huecos con juego de materiales y remates vistosos que aseguraran la ventilación de aquellos espacios, tratando de evitar el efecto de humedad excesiva que tales establecimientos padecían.

La decisión de construir lavaderos respondía, en suma, a una nueva filosofía social y a un nuevo modelo de higiene. Para confirmar lo positivo del avance, tomaron la experiencia de Alemania como referente. Establecimientos de este estilo estaban ya generalizados, habiendo suprimido las grandes “pi-



Lavadero municipal de alameda San Mamés



Bastida de paseo con su mujer Rosario por Venecia

las” del pasado, descritas como “verdaderos almacenes de inmunidades” –según explicaba *La Gaceta del Norte*–.

Costes y beneficios

La rapidez en el trabajo y la economía que esto iba a reportar, se confirmaba en los alegatos publicados, comparando efectos contables que el proyecto hacía esperar.

Las lavanderas de 1905 cobraban en esos días un lavado de mantas a 1,25 pesetas la pieza; las sábanas a 0,25 pts. y los forros de colchones a 0,75, por ejemplo. Pero las lavanderas del nuevo edificio podrían obtener un mayor rendimiento de su trabajo, por hacerlo en condiciones mucho más ventajosas, multiplicando su rendimiento. Los jornales podrían ser mayores, se

defendía, y el ahorro público también se calculó como notable, asegurando verdadera limpieza sin poner en peligro la salud, pues la irregularidad de aquellos lavados en aguas poco recomendables hacían de éste, a la vieja usanza, algo ya dudoso.

El coste del lavadero fue estimado en torno a 77.000 pesetas de la época. Los gastos de mantenimiento calculados antes de que se construyera, se acercaban a las 19.442 pesetas, y los ingresos, dado que la actividad era remunerada, venían a cifrarse en 22.837 pesetas, tomado como base 1.000 kilos de colada diaria, 30 plazas ocupadas diariamente (a 0,80 pts.) 9 pesetas; dos máquinas lavadoras, trabajando tres días por semana –a razón de 1,50 pesetas la hora, 12,80 pts, etc. “Y a este tenor los demás ingresos”, se dijo, se alcanzaría la cifra de 71,48 pesetas diarias. Lo cual no era una gran fortuna, pero reportaba una imagen de solvencia económica considerable a la instalación.

Concretamos finalmente, que la diferencia de este sistema por el que apostaba Bastida, frente al americano, se basaba (en el segundo supuesto) en su mayor grado de automatismo. El americano se simplificaba explícitamente como caracterizado por la instalación de varias máquinas de movimiento “rotativo”, cada una de las cuales realizaba por sí, automáticamente, el remojo, colada con lejía, jabonado, aclarado y añilado de la ropa. Vamos... ¡un automatismo apabullante, e inimaginable para la época! Algo que cien años después, no deja de ser un precedente al que mirar con sorpresa.

El Ayuntamiento, como es habitual, atendió el proyecto con cautela y a reservas de que no perjudicase al erario municipal... Pero comprendía que con su adopción se daba un paso incuestionable en el camino de la salubridad. Los intereses del vecindario no quedarían afectados, sino en sentido positivo, y muy especialmente –he aquí un dato revelador e importante para la época– iba a ser decisivo para “esos centenares de honradas mujeres que se dedican al penoso oficio de lavanderas”. Aquellas sufridas mujeres eran como las que el empresario y aficionado a los primeros daguerrotipos Errazquin fotografió a orillas de la Ría, en pleno corazón del Bilbao antiguo, en Achuri, y que transportaban una vez limpiadas y planchadas las prendas que les habían confiado, hasta las casas de sus dueños, en cestas enormes sobre sus cabezas, *sorki* en ristre.

Como sabemos, el lavadero de San Mamés tuvo refrendo municipal, al igual que se hiciera después construyendo un segundo –aún superviviente– en la calle Castaños; actualmente, en plena metamorfosis cívico-social. Queda éste como testimonio de lo que fue y del papel que desempeñó estratégicamente en la zona donde se construyó. El de San Mamés, se intuye y evoca memoria para el bilbaino del siglo XXI, sólo a tenor de un paño de su fachada modernista, incorporada al conjunto de viviendas diseñadas hace varios años en el inmueble que ocupó, en esta zona de expansión urbana, a comienzos del siglo pasado. Último testimonio de un estilo de vida y de primeros avances en materia de salud pública, que destacaron al Bilbao de época al acoger iniciativas que su utilitarismo entendió como imprescindibles.